

**LA FIGURA DE LA MUJER EN LIZARDI:
NOCHES TRISTES Y DÍA ALEGRE Y DON CATRÍN DE LA FACHENDA**

MARÍA JOSÉ GARCÍA RODRÍGUEZ

Universidad de Murcia

Resumen: A lo largo de la historia, la literatura ha sido un reflejo de la evolución del papel de la mujer en la sociedad. Los personajes femeninos son la representación idealizada o vituperada de las mujeres en diferentes contextos; así, en el universo literario, se le han atribuido distintos roles como la amante, la madre, la esposa, la infiel, la tentación, la ingenuidad, etc. revelando la perspectiva del autor y de la sociedad. En este trabajo, hemos seleccionado dos narraciones breves de uno de los escritores de la Ilustración hispanoamericana: José Joaquín Fernández de Lizardi. Con ello, pretendemos dar cuenta de cómo era considerada la mujer en este contexto histórico-literario y, en particular, qué opinión tuvo este autor sobre el rol femenino durante una época tan trascendental como fue el momento de la Independencia mejicana.

Palabras clave: mujer, Lizardi, modelo, contraejemplo, sociedad.

Abstract: Throughout history, literature has reflected the evolution of women's role in society. These characters have represented the idealistic and reviled image of femininity in different contexts; thus, the literary world has conceded them the roles of lover, mother, wife, adulterer, temptation, and innocence among others which manifest the perspective of both authors and their society. For this project, we have chosen two short stories by José Joaquín Fernández de Lizardi, one of the writers of Spanish-American Illustration. Along these lines, we aim to describe the treatment of women in this historical-literary context; particularly, we intend to draw the writer's opinion about the feminine role in such a relevant period of Mexican history as its independence.

Keywords: woman, Lizardi, model, counter-example, society.



PRIMERA PARTE

1. INTRODUCCIÓN

1.1 Biografía de Fernández Lizardi

José Joaquín Fernández de Lizardi, nacido en la ciudad de México en 1776 y fallecido a los 51 años, fue uno de los escritores más significativos de la Ilustración hispanoamericana. Hijo de criollos, y aunque familiarizado con la inestabilidad económica en la que vivió, pudo obtener una educación sólida en el colegio jesuita de San Idelfonso. Sin embargo, Lizardi se vio obligado a abandonar sus estudios debido a la enfermedad y muerte de su padre; así, ejerció una serie de oficios, entre ellos el de escribano público, y en 1805 contrajo matrimonio con Dolores Orendáin y tuvo una hija. Una de sus primeras composiciones de esta época fue *Polaca en honor de nuestro Católico Monarca Señor don Fernando Séptimo* (1808), obra que debe entenderse como una convención literaria habitual cuando se celebraban acontecimientos importantes relacionados con la casa real, y no como una filiación a la monarquía por parte del autor. Igualmente, publicó textos polémicos en el *Diario de México*.

En Taxco, Lizardi comenzó a trabajar para el Gobierno Colonial como teniente de Justicia cuando se desarrolló la conspiración a favor de la Independencia. Con el objetivo de evitar el saqueo y la matanza de sus habitantes, Lizardi acogió al grupo de insurgentes, encabezado por el padre Hidalgo, y les entregó las armas y municiones. Pese a las cartas que escribió al virrey advirtiéndolo de sus intenciones, fue despojado de sus bienes y encarcelado:

“[...] el año de [18]11, habiendo sido conducido preso en compañía de cien encuerados que llamaron *prisioneros de guerra*, a todos éstos les levantó la excomunió en la cárcel un padre dieguino, con sus correspondientes varazos; a pesar de que no habían incurrido en el fuero externo, pues no estaban fijados en parte alguna con sus nombres y apellidos, menos a mí. Yo entonces pensé que *me habían distinguido por ser el más decente de ropa*; pero seguramente sería porque para mí *nulla est redemptio*”¹.

¹ En RAFFI-BÉROUD, Catherine. *El autor: Apunte bibliográfico* [en línea]. Disponible en web: <http://www.cervantesvirtual.com/controladores/portales/portal.php?portal=fernandez_lizardi&seccion=apunte_biobibliografico> [Consulta: 13 de junio de 2014].

Las biografías de Lizardi destacan que este periodo en la cárcel supuso la implicación política que demostró el autor a lo largo de su vida. Tras recobrar su libertad, existen noticias –gracias a las listas de los libreros destinadas a la censura– de que Lizardi escribió poemas, artículos y una obra teatral (*El fuego de Prometeo*, 1811), hoy desaparecidos. Con la aprobación en Cádiz de la Constitución de 1812, se decretó la libertad de prensa y, Lizardi, comenzó a editar el periódico *El Pensador Mexicano* en el que, desde sus primeros números, reveló su posición política y su objetivo de dar a conocer los derechos a los ciudadanos. Su pluma mordaz llegó a hablar del virrey Venegas, criticando su gobierno de forma directa e impasible: “Revoque vuestra excelencia ese bando que ha sido la piedra del escándalo en nuestros días y lloverá sobre vuestra excelencia las bendiciones de Dios, el pueblo le colmará de elogios y su nombre será grande en el futuro” (Lizardi 1812: 87). Como consecuencia, el Virrey suspendió la libertad de prensa y Lizardi fue a prisión durante siete meses. Sin embargo, la posición del autor nunca llegó a la radicalidad de los insurgentes, pues no apoyaba la independencia a través de las armas, sino que barajaba la posibilidad de un proceso independentista basado en reformas paulatinas; esta posición, pese a su objetivo conciliador, no consiguió el favor de ninguno de los bandos.

Gracias a la intervención del nuevo virrey, Félix María Calleja, consiguió la excarcelación en 1813. Pese a que Lizardi vuelve a retomar los escritos periodísticos (*Las sombras de Heráclito y Demócrito*, *Alacena de Frioleiras*, *Cajoncitos de la Alacena*), la censura obliga al autor a una redacción menos comprometida que la que anteriormente redactó. De esta manera, el periodista acoge la literatura como uno de los medios de crítica social más efectivos, especialmente el género novelístico; fue entonces cuando publicó por entregas la novela que le llevaría al estatus de novelista hispanoamericano: *El Periquillo Sarniento* (1816)², anunciada ya en 1815 con el *Prospecto de la vida é aventuras de Periquillo Sarniento*. A partir de ese momento, hubo un incremento de la producción literaria de Lizardi: *Fábulas* (1817), *Noches tristes y día alegre* (1818-1819), *La Quijotita y su prima* (1818-1819), *Ratos entretenidos* (1819) y *Don Catrín de la Fachenda* (aprobada por la censura en 1820 y publicada póstumamente en 1832).

² Fueron tres los tomos que se lograron publicar eludiendo la censura, pero el IV –crítica mordaz al tráfico de esclavos– no vería la luz hasta los años 1830-1831.

Durante los últimos años de su vida, Fernández de Lizardi continúa su labor periodística gracias a la restablecida libertad de prensa en mayo de 1820. En su nuevo periódico, *El Conductor Eléctrico* (1820), volvió a defender la solución pacífica para la Independencia ante el Plan de Iguala; así, en un primer momento confió en la política de Iturbide. No obstante, su obra teatral *Unipersonal de don Agustín de Iturbide, Emperador que fue de México* (1823) pone de manifiesto el descontento final que le produjo la política iturbidista. A este texto dramático, se le suman otras obras periodísticas con intereses políticos: *El amigo de la Paz y de la Patria*, *El Payaso de los Periódicos* y *El Hermano del Perico que cantaba la Victoria*. Así, las críticas en las que se insertaba la gran mayoría de sus textos, llevó a ocasionarle conflictos tanto con la Iglesia (excomulgado por *Defensa de francmasones*) y el órgano de gobierno (vuelve a ser encarcelado por *Si dura más el Congreso, nos quedamos sin camisa*). Aún así, Lizardi no cesa de publicar; creó un nuevo periódico, *Conversación del Payo y el Sacristán* (1824-1825), publicó una segunda edición de su *Periquillo Sarniento*, escribe *El negro sensible*, numerosos folletos –entre los que destaca su penúltimo, *Testamento y despedida del Pensador Mexicano*– y su última publicación periódica *Correo Semanario de México*. Finalmente, José Joaquín Fernández de Lizardi muere de tuberculosis el 21 de junio de 1827.

1.2 Contexto histórico cultural

Los años de vida de Fernández de Lizardi (1776-1827) se encuentran perfectamente enmarcados en el contexto histórico que definirá el futuro de las colonias hispanoamericanas: el periodo de la Emancipación (1791-1830). Durante esta etapa, las sociedades de América Latina viven una sucesión de cambios, determinados estos por la aparición del anhelo a la autodeterminación y la oposición a la dependencia colonial. Así pues, la producción tanto periodística como literaria de Lizardi se haya en la plena efervescencia de ideologías independentistas que pretenden conseguir un gobierno propio. Además de la gestación de esta conciencia criolla, fomentada por los más radicalizados frente a los españoles, existieron un conjunto de factores externos que influyeron notablemente en Hispanoamérica: la declaración de la independencia de las colonias inglesas en 1776, la revolución francesa de 1789 o la invasión de las tropas de Napoleón en la Península que supuso la creación de Juntas de Gobierno en América. A todo ello se le suma las contradicciones que se venían dando entre los intereses españoles y coloniales, así como la institucionalización de las desigualdades y discriminaciones impuestas por el gobierno peninsular. En definitiva, un compendio de argumentos que dieron fuerza a los proyectos independentistas que, aunque sofocados al principio, se extendieron a gran parte de

las capitales hispanoamericanas³. Comienza entonces un largo y conflictivo periodo para la América Latina: la formación de las naciones-estados.

En este contexto, la revolución y emancipación de las colonias era el objetivo primordial en cualquier dimensión, incluida la estético-literaria. En esta convulsión de nuevas ideas, la Ilustración fue la corriente que proporcionaba las bases para las sociedades de los nuevos estados independientes. De hecho, serán los criollos ilustrados los encargados de promover y activar el proceso emancipador, sirviéndose de su cultura filosófica y literaria. En este sentido, la literatura hispanoamericana de la Emancipación, la de Lizardi, se convirtió en una de las vías por las que expandir las nuevas ideas. Las letras desempeñaron un papel en la formación de conciencias críticas y libres, esto es, la herramienta de para la ilustración de los ciudadanos. Las obras literarias y periodísticas de Lizardi funcionan como el adoctrinamiento del lector en un pensamiento avanzado que posibilitará una América Latina libre y justa. La ficción literaria de Lizardi, y de otros muchos escritores, introdujo aquella ideología que la censura impedía en la prensa.

1.2.1 El papel de la mujer en la sociedad mexicana

En el complejo periodo de colonización y emancipación que venimos definiendo, la constitución de una nueva sociedad en la que deben congregarse lenguajes, ideologías, tradiciones y, en definitiva, una pluralidad de culturas que componían a Hispanoamérica, la instauración del modelo educativo jugó un papel fundamental en la configuración de la nueva identidad americana. Los preceptos educativos que se incorporaron durante la Ilustración atendían principalmente a los ideales del Humanismo cristiano europeo, que al final de la colonización, se concretarán en las premisas del pensamiento ilustrado. En este contexto, la educación de la mujer estuvo dirigida por los numerosos tratados que se hacían llegar de Europa: *La perfecta casada* de Fray Luis de León, *Instrucción de la mujer cristiana* de Juan Luis Vives, *Jardín de nobles doncellas* de Fray Martín Alonso, *Il Cortigiano* de Castiglione, *Libro de la guía de la virtud* de Alonso de Andrade, entre otras.

“Las niñas terminaban sus estudios en la amiga o en la escuela entre los diez y doce años; a partir de este momento, en el que se pensaba que abandonaban la infancia, y hasta los veinte o veinticinco años, edad con-

³ En 1790, en Saint Domingue (Haití) aparecieron los primeros brotes de rebelión e insurrección de esclavos, consiguiendo la independencia en 1804.

siderada idónea para casarse, la formación de la joven criolla se orientaba con más énfasis al futuro ejercicio del papel esponsal; es decir, a educar convenientemente a los hijos, a ejercer las labores domésticas, a vigilar el trabajo de los criados, a administrar prudentemente los recursos del hogar y, sobre todo, a hacer amable la vida del marido” (Insúa, 2009: 132).

Todo ello da cuenta de que, a pesar del pensamiento Ilustrado en el que se dio cabida a la educación de la mujer como un ser racional capaz de desarrollar un conocimiento intelectual, la función prioritaria de la mujer en la sociedad se reducía a su condición de buena esposa y madre. Su rol, tanto en la colonización, como en la independencia, no es otro que el de sostener la educación y dignidad familiar, proporcionando así ciudadanos morales e instruidos para la conformación de un estado hispanoamericano. De esta forma, aunque existieron mujeres activas en la lucha independentista (las cuales fueron reconocidas por personajes como Lizardi y sirvieron de símbolo de para la lucha contra la dependencia de la metrópoli), durante la etapa poscolonial la función de la figura femenina seguía vinculada al compromiso matrimonial y maternal que velaba por la educación decente de sus hijos.

1.3 Características de la obra de Lizardi.

Como ya se habrá podido apreciar en la semblanza biográfica que da comienzo a esta introducción, los textos a los que Lizardi prestaba mayor interés eran aquellos enmarcados en la actividad periodística. Su actitud crítica ante los cambios sociopolíticos que se estaban sucediendo encontraba en los artículos periodísticos una vía eficaz para la transmisión de sus valores e ideología. Ahora bien, en su obra literaria encontramos ciertamente una pluralidad de géneros, la poesía, el teatro y la narrativa, destacando sobre todo ello sus novelas. Si el Lizardi periodista se caracterizaba por su afán crítico, podemos afirmar que en su literatura, el fin último del autor es esencialmente didáctico. Tanto en las dos obras que nos disponemos a analizar como en el resto de su producción, el adoctrinamiento moral del lector es el objetivo principal que persigue Lizardi. Para ello, sus textos combinan elementos populares y cultos, humorísticos y moralizantes, anécdotas y propuestas de reforma. Todo ello nos lleva a hablar de él como un autor ilustrado, defensor de ideas nuevas pero que, al mismo tiempo, responde a unos códigos anteriores y, en cierto sentido, anticuados. Demostró un patriotismo que se apoyaba en la instrucción, felicidad y prosperidad de sus paisanos, y, para conseguirlo, se sirvió de una literatura realista que revelaba en detalle una sociedad con necesidades de reforma.

“(…) constituye el fiel reflejo del nuevo hombre de letras que se había gestado durante la Ilustración: un intelectual atento al objetivo de informar, educar, entretener y criticar. Fue además, un escritor de oficio que vivió de y para su pluma. Sus obras literarias y sus producciones periodísticas se inscriben en el marco de una escritura ilustrada y patriótica con miras a la formación de ciudadanos de pro, de dignos representantes políticos, de ejemplares padres de familia, y también de mentores de las letras y el saber” (Insúa, 2012: 13).

La temática que, generalmente, impregna su obra recorre todos los parámetros que compondrían una sociedad ideal independiente. Así pues, sus obras abarcan materias generales como la solidaridad entre clases, la injusticia, la independencia, la honradez y núcleos temáticos concretos como la importancia de la educación, el papel de la mujer, el matrimonio, las supersticiones, el trabajo y los oficios manuales, etc. Para su desarrollo, las obras literarias de Lizardi (y más concretamente, sus novelas) se apoyarán en la creación de una serie de personajes que funcionan como tipos sociales comunes en la época del escritor. Abundan en sus textos los caracteres que representan valores negativos para la sociedad; funcionan estos como antihéroes y ponen de manifiesto la necesidad de un cambio en la conciencia de la población. Nos estamos refiriendo a figuras como el abogado corrupto, el maestro incompetente, mujeres livianas, los catrines, las madres blandas, los eclesiásticos sin vocación y un largo etcétera.

1.4 Breve análisis literario de *Noches tristes y día alegre* y *La historia del famoso don Catrín de la Fachenda*

La primera de estas dos obras, *Noches tristes y día alegre*, se define por emplear una estructura narrativa diferente –dialógica– a las otras obras de Lizardi. El modelo en el que se apoya en esta ocasión, y de la que da cuenta en el prólogo, es la obra de José Cadalso: *Noches lúgubres*. La novela de Lizardi contó con dos publicaciones; la primera de 1818, en la que se incluye únicamente *Noches tristes* (la parte más caldasiana), y una segunda de 1819 con el añadido de *Día alegre y dignamente aprovechado*. Aunque son evidentes las relaciones entre la obra del mejicano y la del español, lo cierto es que la del primero es una obra que, aprovechando el marco lóbrego y romántico, introduce un tono aleccionador propio de su carácter ilustrado. La primera parte de *Noches tristes y día alegre*, tal y como afirma Mariela Insúa, puede resumirse en la sentencia de Teófilo: “Todo es aquí tristeza, gritos, lamentos y suspiros”; a través del carácter dialógico de esta obra, se manifiesta el dolor y el sufrimiento que padecen sus

personajes. Pero, además de ello, el discurso de los protagonistas tendrá una serie de transgresiones didácticas en las que se intercalan citas bíblicas y moralizantes. Los sermones expuestos por Teófilo descubren el modelo ejemplarizante que supone este personaje como un cristiano caritativo y esperanzador que, a pesar de sus propias penurias, se interesa por el sufrimiento del resto de personajes. Finalmente, el “día alegre” con el que Lizardi da término a su narración no es sino la confirmación del objetivo educativo que subyace al resto de la novela, pues se pone de manifiesto el final feliz que se logra gracias a la generosidad y el esfuerzo de los protagonistas.

Al margen de lo dicho anteriormente, *Noches tristes y día alegre* cuenta además con un elemento al que Mariela Insúa hace referencia en su estudio preliminar: *un canto al matrimonio*. ¿Qué son los obstáculos que el protagonista va encontrando a lo largo de esas noches tristes para encontrarse con su mujer y el feliz reencuentro en el día alegre final, sino una evidente representación del esfuerzo que requiere y la recompensa que se logra con un matrimonio ideal como este? Y es, que:

“Se puede afirmar que Teófilo y Dorotea constituyen un modelo de matrimonio ejemplar. Teófilo, como marido abnegado, nunca pierde la esperanza y el solo hecho de saber que su esposa lo busca le da fuerzas para continuar el difícil camino. Por su parte, Dorotea responde a la caracterización de la mujer ejemplar de la Ilustración, pues es “noble”, “fiel compañera” y una mujer fuerte preparada para administrar la hacienda con sabiduría” (Insúa 2012: 47).

La segunda obra, *Don Catrín de la Fachenda* es una de las novelas de Lizardi que más se relaciona con la picaresca; sin embargo, existen diferencias con su *Periquillo Sarniento* a las que el autor hace referencia por medio del propio protagonista de esta obra, don Catrín. Frente a las continuas digresiones moralizantes que aparecen en el *Periquillo Sarniento*, *Don Catrín de la Fachenda* es una novela con tintes cómicos que se sirve de la ironía como recurso principal para conseguir el adoctrinamiento del lector. Encontramos dos discursos o niveles diferentes: el de don Catrín, basado en una vida deshonesta con el propósito de conseguir un estatus del que carece, y el de Lizardi, un fondo didáctico que ofrece un contraejemplo del que la sociedad debe huir. Así, esta novela breve no es otra cosa que las memorias relatadas por un antihéroe, quien hace una relación de sus fechorías y de adónde le han llevado sin atisbo alguno de arrepentimiento, y un final moralizante con la intervención de don Cándido, encargado de recoger lo dictado por don Catrín y de escribir un final a su historia. Las

palabras de don Cándido son sin duda la expresión directa de la moraleja que se ha perseguido durante toda la novela, que pone de relieve la importancia de una buena educación que garantice la honradez y oficiosidad del individuo.

Las características que definen a este texto de Lizardi se aproximan al género de la picaresca española. Existe ya desde el comienzo una correlación entre el origen ruin de don Catrín y el de personajes como el Lazarillo o don Pablos. Además, la narración con caracteres autobiográficos en la que el protagonista relata cómo se sirve de recursos deshonestos y fechorías para su sobrevivencia se relacionan con las argucias, trampas y engaños propios de la vida de cualquier pícaro. Su misma identidad, la de catrín⁴, es equiparable a la de los hidalgos españoles, quienes por la dignidad que le otorga su clase social, no pueden desempeñar un oficio, al tiempo que no deben mostrar signos de pobreza; en consecuencia, los hidalgos deben mantener las apariencias, que será una de las cualidades que don Catrín requiere para él y su estirpe. Gracias a todos estos elementos, el valor del trabajo será una de las críticas que introducirá Lizardi en esta novela, ya que el ejemplo nos otorga con don Catrín da pie a situaciones escandalosamente irracionales, como el diálogo con su antiguo criado ya al final de la novela:

“- ¡Válgame Dios, niño, y qué estado tan infeliz es el suyo!

– Acabo de salir del hospital –le contesté–, y a gran dicha tengo de verme en pie.

– ¡Qué siento las desgracias de usted! No tendrá usted destino.

– Se ve que no lo tengo.

– Si quisiera usted una conveniencia de portero, yo sé que en casa del Conde de Tebas lo solicitan; dan ocho pesos y la comida.

– Pues mas que dieran ochocientos, yo no he nacido para portero, y mucho menos para servir al Conde de Tebas que es mi padrino de brazos y allí me echaron el agua.

– Pues, señor –proseguía el mozo–, podía usted acomodarse en el estanco. Siquiera ganara cinco reales diarios.

– Calla, bobo, ¿un caballero como yo se habría de reducir a cigarrero?

⁴ En su edición de *Noches tristes y día alegre y Don Catrín de la Fachenda* Mariela Insúa define a los catrines como «personas que, llevadas de su deseo de vivir sin trabajar, trataban de aparentar mediante el vestido y unos modales amanerados un estatus social superior al que tenían en realidad» (Insúa, 2012: 180)

- Pues acomódese usted de escribiente.
 - Menos: mi letra es de rico, y estoy hecho a que los licenciados me sirvan de amanuenses.
 - Pues en una tienda.
 - ¿Yo habría de tiznarme con el carbón y la manteca?
 - Pues...
 - Déjate de puseses. ¿Has olvidado que soy el señor don Catrín de la Fachenda, nobilísimo, ilustrísimo y caballerosísimo por todos mis cuatro costados? ¿Cómo quieres que un personaje de mis prendas se sujete a servir a nadie en esta vida, si no fuere al rey en persona? Vete, vete, y no aumentes mis pesadumbres con tus villanos pensamientos.
- El criado se incomodó, y me dijo:
- Pues señor don Catrín, quédese usted con su nobleza y caballería, y quédese también con su hambre y su frazada”.

1.5 Explicitación de los criterios de edición

La edición utilizada para este trabajo corre a cargo de Mariela Isúa, una de las grandes especialistas en la obra de Lizardi. En su estudio preliminar, Insúa incluye unas notas sobre su edición: textos a los que recurre, modificaciones, citas y abreviaturas. El texto que de *Noches tristes y día alegre* es el que se recoge en el tomo II de *Relatos entretenidos o Miscelánea útil y curiosa* (Méjico, Oficina de don Alejandro Valdés, 1819), la primera edición completa de esta obra; aunque, por motivos de erratas evidentes también se ha servido de la edición *princeps* de 1818. De otro lado, para el texto de *Don Catrín de la Fachenda*, la edición base a la que ha recurrido es la *princeps*, *Vida y hechos del famoso caballero D. Catrín de la Fachenda* (Méjico, Imprenta de Alejandro Valdés, 1832). Además, tanto para la primera como la segunda obra, Mariela Insúa ha trabajado con otras ediciones modernas para solventar pasajes dudosos⁵.

Tanto en *Noches tristes y día alegre* como en *Don Catrín de la Fachenda*, Mariela Insúa ha actualizado las grafías y la acentuación de acuer-

⁵ Para *Noches tristes y día alegre*, las ediciones de Felipe Reyes Palacios (Méjico, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982) y la de Rocío Oviedo y Almudena Mejías (Madrid, Cátedra, 2001); para *Don Catrín de la Fachenda*, las ediciones de María Rosa Palazón (Méjico, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980) y la de Rocío Oviedo y Almudena Mejías (Madrid, Cátedra, 2001).

do a las normas contemporáneas; asimismo, ha desarrollado las abreviaturas usuales. En sus anotaciones, las referencias a los libros bíblicos se hacen de acuerdo a una serie de abreviaturas de las que da cuenta en su estudio preliminar (pp. 65-66). Sus notas, además, tienen como objetivo la aclaración de “términos o expresiones que pudieran resultar dificultosas desde el punto de vista morfológico, sintáctico, léxico, etc. para un lector medio. (...) explicar las referencias históricas o sociales correspondientes a la época del autor, así como la de algunos mexicanismos” (Insúa, 2012: 60). Para este propósito, se han consultado una serie de diccionarios: *Tesoro de la lengua* de Covarrubias, DRAE, *Diccionario de autoridades*, *Diccionario* de Esteban Terreros y Pando y, especialmente, el *Diccionario de mejicanismos* de Francisco Santamaría, México, Porrúa, 1959. Por añadidura, las notas a pie de página indican la bibliografía especializada que ha sido necesaria para los pasajes más complejos.

2. ANÁLISIS DE LA FIGURA DE LA MUJER EN *NOCHES TRISTES Y DÍAS ALEGRES* Y LA HISTORIA DEL FAMOSO DON CATRÍN DE LA FACHENDA

2.1 Introducción a las ideas de Lizardi sobre el papel de la mujer en la sociedad de su tiempo

Ya hemos hablado en la Introducción de este trabajo sobre el papel de la mujer en la sociedad mexicana; pretendemos ahora ahondar en cuáles son las ideas que ha manifestado Fernández de Lizardi a este respecto; la identificación de la figura femenina casi exclusivamente como esposa y madre aparece también en la obra del autor, tanto en la periodística como la literaria. Acerca de esta cuestión, existen en la actualidad diversos estudios, como el de Luis González Obregón, José Núñez y Domínguez o Calos Monsiváis. Encontramos también títulos como *Women in the Works of José Joaquín Fernández de Lizardi* de Kay Raymond o *Fernández de Lizardi. Un educador para un pueblo* de Hernández García. A todos ellos hace referencia Mariela Insúa en *La mujer casada en la Nueva España de la Ilustración: la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi*, libro que ha servido de apoyo para esta breve reflexión teórica en cuanto a la mujer en la obra lizardiana.

Como autor enmarcado en la corriente de la Ilustración, la constitución de un estado libre dependía, según Lizardi, de la educación, vía principal para el desarrollo de la nueva sociedad que pretendía. Así pues, se debe asegurar una formación adecuada, tanto para hombres como para mujeres; tanto más en el caso de las segundas, pues en ellas recae la educación de los niños. Por ello, en su artículo de *El Pensador Mexicano*, “Educación de las niñas”, Lizardi critica la carencia de centros apropiados donde las jóvenes puedan aprender a ser buenas esposas. Al margen de conside-

rar a la mujer tan capacitada para la educación intelectual como el hombre, en el pensamiento de Fernández de Lizardi aún se encuentran tintes conservadores que mantienen la supremacía masculina; el hombre debe ser el encargado de la educación de la mujer, quien bajo su autoridad, aprenderá nuevas ideas y conductas. Ante esta consideración, en otra de sus intervenciones en *La Alacena de Frioleras*, nuestro autor afirma “La mujer es naturalmente dócil, humilde y amable, y sólo trueca estas bellas cualidades en sus contrarias cuando el hombre, que es su cabeza, las gobierna o las dirige mal” (Apud Insúa, 2009: 168).

Con estos ejemplos, se revela la contradicción que existe en cuanto a la función de la mujer para Lizardi; ello no es sino la consecuencia de una confrontación personal de un autor que, con el interés por los métodos innovadores defiende un fondo aún en la esfera de la tradición. Por un lado, las mujeres deben ser partícipes del fenómeno de la Ilustración, obteniendo una educación adecuada e involucrándose en el periodo de emancipación⁶. De otro lado, deben mantener un papel pasivo y subordinado a la dominación de la figura del esposo, padre o hermano, quien será el supervisor de su formación y moralidad; así, su labor debe reducirse a la dimensión familiar, como esposa y madre. Así, encontramos artículos como el de 1821, el año de la Independencia de México, *Cincuenta preguntas de El Pensador a quien quiera responderlas*, donde siete preguntas tratan de la participación de las mujeres en política o *Anita la Tamalera ha dado en ser diputada y Respuesta del Pensador a Anita Tamalera*, artículos todos que defienden estos ideales.

Pero para la transmisión de los valores que la nueva sociedad debe tener en cuenta a propósito de la figura de la mujer, Lizardi no solo recurre a sus discursos didácticos y moralizantes, sino que se sirve además de una sátira mordaz, especialmente en su lírica. Atacará el autor a las mujeres excesivamente bellas, reprendiendo la frivolidad que hace de la mujer un ser inútil y superficial. Asimismo, revelará las cualidades que hacen de ella una esposa despreciable y una madre irresponsable que propicia la existencia de holgazanes con vicios nocivos para la sociedad. Frente a ello, ofrecerá Lizardi en su literatura los verdaderos decálogos de una mujer modélica, como el que aparece en *Conversaciones del Payo y el Sacristán*:

“Sé fiel a tu marido, ámalo mucho, cuida y educa a tu prole en el santo temor de Dios; inspírale buenas costumbres y mucho amor a su patria y a

⁶ De hecho, Fernández de Lizardi dedicó el *Calendario para el año 1825, dedicado a las Señoritas Americanas* a aquellas patriotas que lucharon valientemente a favor de la Independencia.

su libertad, y tú serás una mujer útil al Estado, harás la felicidad de tu marido y de tus hijos y, adornada de sólidas virtudes, esperarás la muerte con tranquilidad y te irás al cielo con túnico, tápalo y zapatos de raso” (Apud Insúa, 2009: 170).

Y es que, “si la mujer falla, los cimientos de la sociedad se tambalean” (Insúa, 2009: 239).

2.2 Análisis de la figura femenina en *Noches tristes y día alegre* y *La historia del famoso caballero don Catrín de la Fachenda*

2.2.1 Noches tristes y día alegre

Esta novela estructurada en cuatro noches y un día está protagonizada por Teófilo, un esposo que, tras un error policial pierde a su esposa e hijos y sale en su búsqueda. Aunque los personajes que podemos considerar principales son los masculinos, las figuras femeninas tienen una importancia capital, en principio como personajes aludidos y, finalmente, con la aparición de Dorotea. Además de ella, encontramos en esta novela de Lizardi las siguientes mujeres: la esposa de Rodrigo, Teodora, la difunta, Teresa, Martina y sus hijas. Cada una de ellas ha sido víctima de diferentes calamidades como la pobreza, la enfermedad o la violencia; pero todas comparten una serie de cualidades que las convierten en modelos a seguir, pese a los sufrimientos que han vivido. En esencia, las figuras femeninas que encontramos en *Noches tristes y día alegre* son buenas esposas o madres y, por encima de todo, cristianas ejemplares.

La historia de la esposa de Rodrigo se resume en que fue una mujer pobre pero honrada, virtuosa para su marido aunque por ella su padre lo desheredó. Murió joven sin medios con los que poder salvarse ni procurarse un entierro digno: “hoy ha muerto mi esposa, la mujer más amable del mundo, y ha fallecido en los brazos del dolor y la miseria. Ha muerto en la flor de sus años y solo por haberme amado”. Ante la situación de desamparo en la que acabó su vida, Rodrigo mató a su padre y él mismo calló al vacío mientras hablaba con Teófilo. El personaje femenino de este relato es víctima de una sociedad en la que se prima el dinero a la honradez; de manera indirecta, Lizardi critica la persecución del matrimonio por interés, utilizando de víctima a una joven sin más defecto que el de su pobreza. Gracias al conmovedor final de esta mujer, que causó el trágico final de su marido y su suegro, el lector comprende que de no haber despreciado a la esposa de su hijo, el desenlace de los acontecimientos hubiera sido bien distinto.

Seguidamente, en la segunda noche de esta novela Teófilo se encuentra con los sucesos más funestos de todos los que componen la obra; concretamente, será la figura femenina, Teodora, el personaje más desdichado. Tras ser robada, desnudada y maniatada como su marido, muere de gangrena embarazada de cinco meses y frente a la mirada de su esposo e hijos. Para lograr salvar el alma de su feto, Teófilo desgarró el vientre de la difunta y bautiza al hijo que al poco muere. No fue asistida ni por el médico por la carencia de medios económicos, ni por el vicario debido al incómodo camino que debía transitar para llegar a la casa. Sin embargo, y pese a sus monstruosas penurias, Teodora hace honor a su apodo (*beata*) y no renuncia a la fe cristiana, lo que le da una entereza y dignidad en los últimos minutos de su vida:

“Yo me muero Martín, cuida de tus hijos (...) No llores amigo, amigo, ¿pues qué, no sabes que es fuerza morir alguna vez? Esta vez se ha llegado, y yo estoy contenta esperando ir a descansar eternamente (...) Sí, mi Dios, yo perdono a los que son causa de mi muerte, porque Tú me mandas perdonarlos. Recibe mi alma, y cuida de mi Martín y de mis hijos”.

Sus últimas palabras la definen como una madre coraje, esposa ideal y recta cristiana, que perdona a aquellos que le han causado la muerte de manera tan despreciable. De nuevo, gracias a una desmesurada tragedia, Lizardi demuestra a través de un personaje femenino la moralidad que ansía para la sociedad de su tiempo. No expone una figura derrotada por las desgracias que le ha designado la Providencia, sino una esperanzadora actitud que tiene como recompensa la paz eterna. El dramático fin de la vida de Teodora se torna en el inicio de una merecida y dichosa inmortalidad: “ya comenzó a vivir eternamente. No te aflijas mucho. Su suerte ya es feliz para siempre”.

Otro de los personajes femeninos que aparecen en la novela es Teresa; su intervención es breve, ya al final de la novela, pero la función de esta figura es doble: por un lado, su propia significación como alma caritativa que recibe su recompensa; por otro, como uno de los personajes que sirve para demostrar la bondad de Dorotea. Teresa es una madre, viuda, que a pesar de su miseria, no duda en acompañar a Dorotea en busca de su marido para cuidar de sus hijos. Cuando la suerte de Dorotea cambia, es ella misma la que cuenta a su tío la historia y caridad que caracteriza a este personaje. Tanto es así, que se desvive y sufre por las desgracias ajenas, privándose de sus pocos recursos para servir a los demás:

“Posee un corazón muy magnánimo y compasivo, de modo que no puede ver una desdicha sin compadecerla. Muchas veces la he visto llorar por las

infelicidades ajenas, y días pasados empeñó una de dos camisas que tenía para darle para medicamentos a otra pobre enferma de la vecindad en que vive...”

Además de ello, este personaje femenino es el encargado de introducir un tema social propio de la época de Lizardi: la necesidad de guardar las apariencias por causas de “regular nacimiento y de una educación honrada”. Así pues, se pone de manifiesto que “la vergüenza les es una mordaza que les impide aun el ratero uso de mendigar los socorros públicos”. A ello se le añade además una sutil crítica de Teresa al menosprecio del trabajo de la mujer, que conlleva a situaciones tan desesperadas como la suya o la de Mariana: “¿qué vale el trabajo de la mujer? Muy poco o nada, y mucho menos para sostenerse con tal cual decencia, en la que se criaron los pobres”. Finalmente, todos los actos desinteresados los verá recompensados Teresa. Dorotea pretende unirla a su familia y compartir con ella la nueva riqueza heredada de su tío el cura; y aquí entra su segunda función en la obra, aunque de forma indirecta, Teresa da pie a que se conozca la caridad de Dorotea, quien además de a ella, socorre a los siguientes personajes femeninos.

Mariana y sus hijas sobreviven en una circunstancia semejante a la de Teresa; viuda, con dos hijas jóvenes y un hijo ciego, esta mujer consigue subsistir muy penosamente. Con todo ello, acogió a Dorotea y a sus hijos en su paso por el pueblo, acto que, de nuevo, será premiado. Si Teresa era la representación de la misericordia, Mariana es la figura del trabajo. Este personaje femenino se aleja de la idealización y pureza en la que se envuelven las demás; Mariana cuenta con unos matices que la humanizan y acercan a caracteres más realistas, llegando incluso a recriminar y hacer patente su mala situación: “pero, ¿a que no te acordaste de mi, ni moviste a mi favor la caridad de esa señorita? Ya ves las miserias que pasamos yo y tus sobrinas...”. Sin embargo, la gran virtud que aporta el personaje de Mariana (además de la religiosidad que la lleva a turnarse la ropa con sus hijas para que todas asistan a misa) es la oficiosidad, el trabajo y la competencia de la mujer en el manejo de la economía del hogar:

“Yo entiendo de eso mejor que de bordar, porque mi difunto marido tuvo este mismo mesón muchos años, y yo corría con las cuentas de los huéspedes, cuidaba de los mozos, ajustaba la paja y la cebada y llevaba todo el peso de la negociación, especialmente cuando mi marido estaba ausente”.

Otro de los temas que aborda Lizardi a través de la familia de Mariana es la honradez y decencia a la que se deben las mujeres; sus jóvenes y, *desgraciadamente*, bellas hijas corren el peligro de que, por la miseria en la que viven, su madre acabe por recurrir a su prostitución, y así lo sugiere Dorotea: “¡Angelitos! ¡Cuán expuestas se hallan en esa edad, con ese mérito y rodeadas de tan fatales circunstancias! Aun en este pueblo triste no faltarán seductores de su virtud...¡Pobrecitas!”. De hecho, el tendero deduce *maliciosamente* la causa del repentino enriquecimiento de Mariana: “Ya se ve, es fortuna tener hijas bonitas: se anochece sin blanca y se amaneca con principal”. Sin embargo, ante esta acusación la mujer no duda en salvaguardar su dignidad como madre y la decencia de sus niñas: “¿Qué, piensa usted que yo soy de las madres que cuentan con las caras de sus hijas para subsistir? No, señor, yo y mis niñas somos tan pobres como honradas, y aún más honradas que pobres, y esto lo sabe todo el pueblo”. Ciertamente, queda atestiguado que en Mariana se reúnen diversas cualidades que hacen de ella un personaje evidentemente positivo: la generosidad, la honradez, el esfuerzo y el respeto a sus hijas. Gracias a ello, recibirá los bienes con los que conseguirá un final feliz en esta historia: quedará a cargo de la pensión de su difunto marido, con lo que, vivirá de forma digna toda su familia.

Por último, hemos querido dejar para el final de nuestro análisis la figura de Dorotea, ya que es el personaje femenino principal en torno al que gira esta novela. La primera noticia que el lector tiene de ella es gracias a su marido; de hecho, el personaje de Dorotea no se nos dará a conocer directamente hasta el final de la cuarta noche. Sin embargo, son numerosas las alusiones que Teófilo introduce en su discurso y, todas ellas, construyen una imagen verdaderamente positiva de Dorotea: “mi fiel y amable compañera”, “amable corazón”, “¡Ay, amable Dorotea! ¿Qué hiciste? ¿Dónde estarás? ¿Por qué me amaste tanto, que te expusiste a perderte, y abandonaste a los frutos de tu vientre por buscarme?”, “joven, hermosa”, “su lealtad, su amor, su fineza”, etc. Teófilo no tiene otro fin que encontrar a esta esposa ejemplar que incansablemente se empeña en encontrar a su marido. Es curioso como se revela aquí de nuevo la contradicción a la que aludíamos anteriormente; aunque se debe a su familia, emprende con valentía el viaje en busca de su esposo dejando a sus hijos con Teresa. Toma un papel activo en la historia en lugar de esperar el regreso de Teófilo.

Por otro lado, Dorotea aparece como una mujer humilde y consciente de su ignorancia; la escena con su tío, el cura, se impregna del didactismo que Lizardi reclama para las mujeres, pues este personaje femenino se convierte en alumna de una serie de lecciones morales –así como lo han hecho los personajes masculinos con los que se ha ido encontrando Teófilo

previamente. Más aún, Dorotea incluso reflexiona de forma crítica con uno de los pasajes que le cuenta el cura, llegando a interpretarlos; ahora bien, no deja de introducir su argumento –el cual es en todo acertado– con estas palabras reveladoras:

“En verdad, tío, que es terrible este pasaje. Yo soy una pobre mujer ignorante, y carezco de las luces necesarias para hacer sobre ella las reflexiones oportunas; pero no dejo de hacer una, y es que el corazón de un rico cruel es tan obstinado para convertirse, que se burlaría de las mismas reprehensiones de los muertos, si a estos les fuera permitido salir a predicarles”.

Pero sobre todo, es Dorotea la representación de la esposa ejemplar; la búsqueda imposible de su marido no la hace desmoronarse en ningún instante. Está dispuesta a andar hasta encontrar su paradero en algún lugar de Perú. Su fiel actuación se verá también recompensada, ya que encontrará a un cura bondadoso, que resulta ser su tío, que le dará todos sus bienes a cambio de su compañía. Además, logra encontrarse con Teófilo, objetivo principal de Dorotea, aunque quizás este acontecimiento se ligue más a la merecida recompensa del esposo por sus socorros en las noches e, igualmente, por la perseverante búsqueda de su familia. En este sentido, el final reencuentro no es sino un premio para este matrimonio modélico, tanto por su representante masculino como por el femenino. El papel del personaje de Dorotea confirma en el ilustrativo final que Lizardi añade a su obra: “Una la llamaba señora, otra su ángel, aquella su madre, y todas su protectora liberal”.

2.2.2 *La historia del famoso caballero don Catrín de la Fachenda*

Esta es una de las novelas en la que Lizardi se acerca al género de la picaresca, en la que su protagonista, don Catrín, nos narra sus memorias. Al igual que en *Noches tristes y día alegre*, los personajes femeninos que aparecen en la historia tienen un papel secundario y transversal. No obstante, la desacertada actitud vital del narrador es la consecuencia de los defectos de una figura femenina determinante: su madre. Lo cierto es que, aunque todos los personajes femeninos que aparecen en esta obra son representaciones de las faltas de la mujer en la sociedad, ninguna de ellas es tan determinante como lo es su madre. Y es que, como veremos con este análisis, y como bien afirma Mariela Insúa:

“(…) los personajes femeninos que se presentan en *Don Catrín de la Fachenda* forman parte del mundo de la apariencia y se sirven de la industria

y de su belleza para conseguir sus fines. No encontramos, como en otros textos del autor del autor, mujeres modélicas que sirvan de ejemplo, que ayuden al hombre a convertirse en un buen ciudadano. Como es de esperar en un mundo de estas características, y como es habitual en el género picaresco, el amor es un sentimiento ausente y los hombres y las mujeres se relacionan únicamente para sacar un beneficio material” (Insúa, 2009: 210)

Pero antes de comenzar con el análisis de los personajes femeninos que aparecen en esta obra, creo conveniente dar cuenta del trato que don Catrín y sus compañeros daban a la figura de la mujer; esto es, ¿cómo es concebido el personaje de la mujer bajo la mirada de los catrines? “Durante el brindis no quedó mujer conocida de México cuya honra no sirviese de limpiadientes a mis camaradas”. Ninguno podía asegurar que era hijo de su padre, “Mi madre es joven y bonita, su marido es viejo y feo (...) mi madre es mujer, y es fuerza perdonarle sus fragilidades”. Como podemos observar por estas afirmaciones, en el mundo de la catrinería en el que escasea la honradez, la figura femenina no queda fuera de este marco de inmoralidad en la que ningún tipo de escrúpulos está por encima del interés económico o carnal. Hasta la dignidad de sus propias madres se pone en tela de juicio, aunque se comprende y se justifica la infidelidad de la mujer. Con todo, el personaje femenino es maltratado en este tipo de discursos que aparecen en la novela, considerándose de una naturaleza inferior que permite a hombres como don Catrín vituperar a cualquiera de ellas.

Con la presentación de su *ilustre cuna* nos habla don Catrín de la primera figura femenina que encontramos en la obra, su madre. Desde su descripción, aparece este personaje ante el lector como un contraejemplo de la honradez de la mujer, pues queda embarazada de un bastardo de un noble que le ofrece una dote con la cual, “compra” al marido que ejercerá de padre de don Catrín. Mas no es su bajeza moral lo que se critica de este personaje, sino que será las irónicas alusiones a su excesiva flexibilidad en cuanto a la educación de don Catrín lo que desvirtúe por completo su papel de madre. Como hemos podido comprobar, Lizardi es un autor que se caracteriza por su constante interés en el didactismo del lector; su objetivo último es la ilustración del pueblo que servirá para la constitución de un Estado equilibrado y libre. El antónimo de este carácter se concreta en este personaje femenino que maleduca a su hijo con continuos *chiqueos*, lo que tendrá como consecuencia un ciudadano nefasto con un funesto final. La importancia que el autor otorga a la educación se desvelará con las anotaciones finales de don Cándido, que evidencian los antimodelos paternos que tuvo don Catrín:

“(…) unos padres demasiado complacedores y por esta razón perniciosos. Ellos le enseñaron a salirse con lo que quería; ellos no cultivaron su talento desde sus tiernos años; ellos fomentaron su altivez y principios de nuestra sagrada religión; ellos criaron a un hijo ingrato, un ciudadano inútil, un hombre perniciosos, y tal vez a esta hora un infeliz precito; pero ellos también habrán pagado su indolencia donde estará don Catrín pagando su relajación escandalosa. ¡Pobres de los padres de familia! A muchos, cuánto mejor les estuviera no tener hijos, si han de ser malos, según dice la verdad infalible”.

El resto de mujeres de esta la novela aparecen no como causantes de la catrinería (como puede interpretarse la figura de la madre), aunque sí como partícipes de ese mundo basado en la inmoralidad y las artimañas para sobrevivir; salvo una excepción, Sinforosa. Se trata de una joven rica de la que pretende aprovecharse don Catrín, llegando incluso a intentar raptarla. Sin embargo, Sinforosa representa igualmente una imagen negativa, tanto en su apariencia como en su inteligencia (más bien, la ausencia de esta). Así pues, don Catrín la describe como “muchacha como de diez y nueve años, flaca, descolorida, con dos dientes menos, de nariz roma, y con una verruga junto al ojo izquierdo del tamaño de un garbanzo grande”, a lo que se suma la opinión de su propio padre: “¿ya la ha visto usted bien? Es feisita; y si yo que soy su padre lo conozco, ¿cómo usted no lo ha de conocer?”. A la apariencia caricaturesca de Sinforosa, se le une su necesidad y bobería que llega a provocar que su padre se refiera a ella como una *loca*. Con la intervención de esta figura femenina, Lizardi evoca al tema del matrimonio y del amor; no obstante, la manera de tratar estas materias dista de la que hemos estudiado en la obra anterior. El lector aprende con este episodio lo pernicioso de concertar un matrimonio por interés gracias al contraejemplo que representa esta “pareja”; podemos incluso establecer una correlación entre la situación de Rodrigo en *Noches tristes y día alegre* (modelo de una elección de esposa al margen de sus condiciones económicas) y el propósito de don Catrín como su antítesis: “Es cierto que su mal cuerpo y peor cara me eran repugnantes; pero ¿qué no se debe disimular, decía yo a mi casaca, por veinte mil duros? Con mil o dos mil pesos dándole cuanto gusto quiera, la entierro en un año y me quedan libres diez y ocho”.

Las siguientes figuras femeninas que van apareciendo en esta novela se rigen todas ellas por un mecanismo común: las maniobras inmorales para su propio sustento. Dos de ellas, “una muchacha, no indecente ni de malos bigotes, acompañada de una vieja”, ayudan a don Catrín a engañar a Simplicio; así, estos dos personajes femeninos además de indecentes por sus oficios, se convierten en cómplices del engaño. Sin embargo, sus tram-

pas finalmente serán descubiertas y Simplicio “se irritó tanto, que las arrebató, les dio una buena entrada de golpes, y no contento con esto, salió a la calle amenazándolas con la cárcel”. Otra alusión a un personaje femenino es el de una amante de Catrín que resulta estar casada; como consecuencia de su infidelidad, a don Catrín le desgarran la pierna y ella es apalearada. Como vemos, las conductas que llevan a cabo estas deshonorosas mujeres tienen sus consecuencias, en este caso el castigo físico. Por último, don Catrín se hará compañero de una mendiga, con la cual vivirá y compartirá su modo de vida; Marcela, que así se llama este personaje, será el último desengaño del protagonista. Por su miseria, compartió las ganancias de don Catrín y disfrutó de una doble vida de mendicidad y convites, lo que le convierte en cómplice de la deshonestidad (pese a ello, cuidó de su compañero y soportó su embriaguez y sus golpes). Finalmente lo abandonará en la más absoluta miseria y llevándose consigo todas sus pertenencias, actuación que propiciará un discurso de Catrín contra la figura femenina:

“Pero ¡ah, mujeres ingratas, falsas e interesables! Maldito sea quien fía de vuestras mieles, juramentos, cariños y promesas. Amáis a los hombres y los aduláis mientras pueden seros de provecho; pero apenas veis en la amargura, en el abandono, en la cárcel o en la cama, cuando, olvidando sus sacrificios y ternezas, los desamparáis y entregáis a un perdurable olvido.

Abrid los ojos, catrines, amigos, deudos y compañeros míos; abrid los ojos, y no os fiéis de estas sirenas seductoras que fingen amar mientras consiguen esclavizar a sus amantes; de estas perras que menean la cola y hacen fiestas mientras que se comen vuestra substancia.

Hay muchas Marcelas, muchas viles, muchas interesables en el mundo. Digan los panegiristas del bello sexo que hay mujeres finas, leales y desinteresables; señálenmelas a pares en la historia; y diré que será así: las habrá; pero no me tocó en suerte conocer a ninguna de ellas, sino a Marcela, mujer páfida e ingrata, que apenas perdió las esperanzas de mi vida, cuando me robó, me dejó sin recurso para subsistir, y por una grande seña de su amor me encargó al cuidado de una vieja.”

El tratamiento de la mujer como ser despiadado que finge sus cariños para aprovecharse del hombre es un motivo que la literatura lleva recogiendo desde sus orígenes grecolatinos. Sin embargo, esta diatriba a la figura femenina posee una serie de connotaciones que la alejan de los textos como el *De las razas de las mujeres* de Semónides; no nos encontramos ante un discurso gratuitamente machista que refleja la ideología de una sociedad paterna. La función de esta reflexión sobre la mujer es distinta. Concretamente destacamos una de las sentencias que Catrín afirma en

este último párrafo: “pero no me tocó en suerte conocer a ninguna de ellas (...)”. No debemos olvidar que el narrador y emisor de este texto no es otro que don Catrín, un personaje que se ha servido de argucias inmorales para sobrevivir a costa de los demás. Sus amistades no fueron Modesto, Moderado ni don Cándido; fueron Tremendo, Precioso y Tarabilla. Su vida y su conducta no lo dejaron conocer a otras mujeres que no vivieran de la misma manera que él mismo lo hizo. ¿No fue don Catrín ingrato, falso e interesante? ¿No trató siempre de adular a aquellos que pudieran serle de provecho? ¿No fingió él amar a Sinforosa para después deshacerse de ella? Sin duda, las mujeres con las que se relacionó don Catrín no son sino el reflejo femenino de su misma imagen. Los personajes femeninos en *Don Catrín de la Fachenda*, con sus matices, son todos ellos productos de un entorno indecoroso e, incluso, ilegal. Lizardi utiliza en esta novela la figura de una mujer antimodélica cuyos rasgos negativos la sitúan en un manual de “cómo no se debe comportar una mujer”.

3. CONCLUSIONES

Para concluir este análisis sobre la edición de María Insúa de *Noches tristes y día alegre* y *Don Catrín de la Fachenda* de Lizardi, haremos una reflexión final sobre el significado de la figura de la mujer en estas dos obras. Al hilo de las anotaciones que previamente hemos expuesto sobre la figura de la mujer en la obra de Fernández de Lizardi, he creído conveniente realizar algunas observaciones que distinguen el tratamiento de la figura de la mujer en una y otra narración. Lo cierto es que, tal y como se ha aludido con anterioridad, la obra de Fernández de Lizardi se caracteriza, generalmente, por su carácter didáctico y moralizador. Pretende el autor con sus escritos ilustrar a los lectores acerca de cómo han de comportarse en sociedad si se ansía la configuración de un Estado libre, sólido y justo; y para ello, utiliza diferentes recursos. Pero entre todos ellos, parece que aquel que considera más eficaz, y que por tanto utiliza con mayor frecuencia, es la exposición de personajes modelo. Gracias a sus personajes-tipo, Lizardi consigue que el lector se encuentre frente a un modelo de conducta con unas consecuencias finales. Este sistema pedagógico encuentra dos fórmulas utilizadas igualmente por el autor: presentación de un modelo ejemplar, o bien la presentación de un contraejemplo, esto es de un personaje con una conducta antimodélica.

En este punto, las dos obras escogidas para este estudio representan cada una de estas fórmulas: *Noches tristes y día alegre* como modelo ejemplar y *Don Catrín de la Fachenda* como contrapunto antimodélico. En consecuencia, sus personajes –y concretamente los femeninos, que son los

que aquí nos han ocupado— actúan como héroes o antihéroes para su sociedad contemporánea. La primera de estas novelas constituirá una doctrina en la que el lector aprenderá que, si ansía la recompensa que obtienen Teófilo y Dorotea, deberá comportarse como ellos lo hicieron; por el contrario, aquel que lea la historia de don Catrín, observará las infelices consecuencias que obtuvo por su nefasta vida. Así pues, la figura de la mujer que aparece en la primera obra será la que proponga Lizardi como modélica para las demás, mientras que los personajes femeninos de la segunda narración servirán como advertencia. En definitiva, esta edición da cuenta de cómo se sirve Lizardi del personaje de la mujer en sus diferentes ámbitos (esposa, madre, vecina) otorgándoles una función didáctica que en ambas se recalca con los discursos finales del cura (en *Noches tristes y día alegre*) y de don Cándido (en *Don Catrín de la Fachenda*). Así pues, podemos afirmar que en las obras ilustradas de este autor, se le da importancia a la educación de la mujer, bien con modelos, bien con contraejemplos, que trasciendan a los lectores. De esta manera, aunque la sociedad —y Lizardi— aún otorgaba a las mujeres un papel exclusivo de la vida privada, lo cierto es que este tipo de didactismo del género femenino abre las puertas a la educación en valores no sólo del hombre, sino también de la mujer.

BIBLIOGRAFÍA

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín. *Vida y hechos del famoso caballero Don catrín de la Fachenda*, Madrid: UNED. 2012

INSÚA, Mariela. *La mujer casada en la Nueva España de la Ilustración: la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi*. Gijón: Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias, 2009.

RAFFI-BÉROUD, Catherine. *El autor: Apunte bibliográfico* [en línea]. [Consulta: 13 de junio de 2014]. Disponible en web: <http://www.cervantesvirtual.com/controladores/portales/portal.php?portal=fernandez_lizardi&seccion=apunte_biobibliografico>